



ORACIÓN SOBRE LA SANTIDAD +LIFETEEN+



PARROQUIA SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

31 de octubre de 2025

Canto de entrada: Con manos vacías.

Con manos vacías vengo a ti
No tengo nada que darte
No hay nada de valor en mí
No puedo impresionarte

Te puedo entregar mi corazón
Pero está quebrantado
Recíbelo, mi buen pastor
Tú puedes restaurarlo

Pongo mi vida a tu servicio, Señor
No será mucho, pero la entrego hoy
Y si mis manos hoy vacías están
Puedes llenarlas con tu gran poder y
amor
Usa mis manos, Señor

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS CONMEMORACIÓN DEL 50 ANIVERSARIO DE LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA DE LA ASUNCIÓN

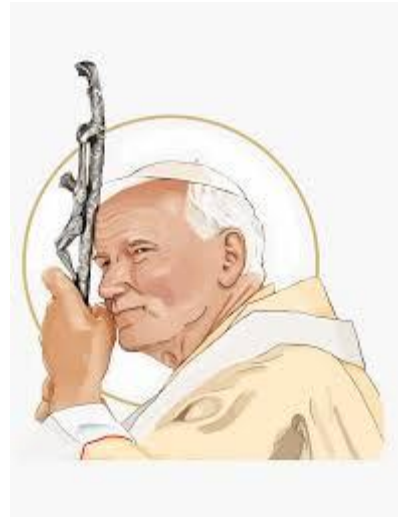
HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Miércoles, 1 de noviembre de 2000

1. "La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Señor, por los siglos de los siglos" (Ap 7, 12).

Con actitud de profunda adoración a la santísima Trinidad nos unimos a todos los santos que celebran perennemente la liturgia celestial para repetir con ellos la acción de gracias a nuestro Dios por las maravillas que ha realizado en la historia de la salvación.

Alabanza y acción de gracias a Dios por haber suscitado en la Iglesia una multitud inmensa de santos, que nadie puede contar (cf. Ap 7, 9). *Una multitud inmensa*: no sólo los santos y los beatos que festejamos durante el año litúrgico, sino también *los santos anónimos*, que solamente Dios conoce. Madres y padres de familia que, con su dedicación diaria a sus hijos, han contribuido eficazmente al crecimiento de la Iglesia y a la construcción de la sociedad; sacerdotes, religiosas y laicos que, como velas encendidas ante el altar del Señor, se han consumido en el servicio al prójimo necesitado de ayuda material y espiritual; misioneros y misioneras, que lo han dejado todo por llevar el anuncio evangélico a todo el mundo. Y la lista podría continuar.





2. ¡Alabanza y acción de gracias a Dios, de modo particular, *por la más santa de entre todas las criaturas, María*, amada por el Padre, bendecida a causa de Jesús, fruto de su seno, ¡y santificada y hecha nueva criatura por el Espíritu Santo! Modelo de santidad por haber puesto su vida a disposición del Altísimo, "precede con su luz al peregrinante pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo" (*Lumen gentium*, 68).

Precisamente hoy se celebra el quincuagésimo aniversario del acto solemne con el que mi venerado predecesor el Papa Pío XII, en esta misma plaza, definió el dogma de la Asunción de María al cielo en cuerpo y alma. Alabamos al Señor por haber glorificado a su Madre, asociándola a su victoria sobre el pecado y la muerte.

A nuestra alabanza han querido unirse hoy, de modo especial, *los fieles de Pompeya*, que, en gran número, han venido en peregrinación, guiados por el arzobispo prelado del santuario, monseñor Francesco Saverio Toppi, y acompañados por el alcalde de la ciudad. Su presencia recuerda que fue precisamente el beato Bartolo Longo, fundador de la nueva Pompeya, quien comenzó, en 1900, el movimiento promotor de la definición del dogma de la Asunción.

Canto: EL REY DE MI VIDA

Quiero alabarte sin parar todo los días
Que tu presencia sea el anhelo de mi vida
Yo quiero hacer tu voluntad
Señor yo te quiero agradecer
Y quiero darte siempre el primer lugar

Yo quiero darte siempre el primer lugar
Si tú eres el rey
El rey de mi vida
El número uno en mi corazón
A ti yo te rindo todo lo que soy

3. *Toda la liturgia de hoy habla de santidad*. Pero para saber cuál es el camino de la santidad, debemos subir con los Apóstoles a la montaña de las bienaventuranzas, acercarnos a Jesús y ponernos a la escucha de las palabras de vida que salen de sus labios. También hoy nos repite: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. El Maestro divino proclama "bienaventurados" y, podríamos decir, "canoniza" ante todo a los *pobres de espíritu*, es decir, a quienes tienen el corazón libre de prejuicios y condicionamientos y, por tanto, están dispuestos a cumplir en todo la voluntad divina. La adhesión total y confiada a Dios supone el desprendimiento y el desapego coherente de sí mismo.





Bienaventurados los que lloran. Es la bienaventuranza no sólo de quienes sufren por las numerosas miserias inherentes a la condición humana mortal, sino también de cuantos aceptan con valentía los sufrimientos que derivan de la profesión sincera de la moral evangélica.

Bienaventurados los limpios de corazón. Cristo proclama bienaventurados a los que no se contentan con la pureza exterior o ritual, sino que buscan la absoluta rectitud interior que excluye toda mentira y toda doblez.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. La justicia humana ya es una meta altísima, que ennoblece el alma de quien aspira a ella, pero el pensamiento de Jesús se refiere a una justicia más grande, que consiste en la búsqueda de la voluntad salvífica de Dios: es bienaventurado sobre todo quien tiene hambre y sed de esta justicia. En efecto, dice Jesús: "Entrará en el reino de los cielos el que cumpla la voluntad de mi Padre" (Mt 7, 21).

Bienaventurados los misericordiosos. Son felices cuantos vencen la dureza de corazón y la indiferencia, para reconocer concretamente el primado del amor compasivo, siguiendo el ejemplo del buen samaritano y, en definitiva, del Padre "rico en misericordia" (Ef 2, 4).

Bienaventurados los que trabajan por la paz. La paz, síntesis de los bienes mesiánicos, es una tarea exigente. En un mundo que presenta tremendos antagonismos y obstáculos, es preciso promover una convivencia fraterna inspirada en el amor y en la comunión, superando enemistades y contrastes. Bienaventurados los que se comprometen en esta nobilísima empresa.



Canto: RESUCITADOS

Enséñame a abrazar
Mi cruz, Señor
A no escandalizarme
De todas mis heridas
Así me has hecho Tú
Así me amas, mi Dios

Enséñame a abrazar
Tu voluntad, Señor
Si no puedo apartar
El cáliz de mi realidad
Renuncio a mi plan
Acojo Tu verdad

Quiero ser, ser lavado
Ser curado, y quiero
Morir a mí mismo

Enséñame a abrazar
Mi condición, Señor
No puedo dar la talla
No soy suficiente
Quiero dejar de hacer
Para dejarme amar por Ti

Quiero ser, ser lavado
Ser curado, y quiero
Morir a mí mismo

Y quiero estar arrodillado
 Quiero vaciarme
 Y, en el fondo, siento
 Que no soy valorado
 Estoy herido
 Soy rechazado
 Soy pecado

Pero, soy amado
 Soy aceptado
 Soy rescatado
 No soy esclavo

Quiero ser, ser lavado
 Ser curado, y quiero
 Morir a mí mismo



Y quiero estar arrodillado
 Quiero vaciarme
 Quiero vivir como
 Resucitado, resucitado
 Resucitado, resucitado

Quiero ser, ser lavado
 Ser curado, y quiero
 Morir a mí mismo

Y quiero estar arrodillado
 Quiero vaciarme
 Quiero vivir como
 Resucitado

4. Los santos se tomaron en serio estas palabras de Jesús. Creyeron que su "felicidad" vendría de traducirlas concretamente en su existencia. Y comprobaron su verdad en la confrontación diaria con la experiencia: a pesar de las pruebas, las sombras y los fracasos gozaron ya en la tierra de la alegría profunda de la comunión con Cristo. En él descubrieron, presente en el tiempo, el germen inicial de la gloria futura del reino de Dios.

Esto lo descubrió, de modo particular, María santísima, que vivió una comunión única con el Verbo encarnado, entregándose sin reservas a su designio salvífico. Por esta razón se le concedió escuchar, con anticipación respecto al "sermón de la montaña", *la bienaventuranza que resume todas las demás*: "¡Bienaventurada tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!" (Lc 1, 45).

5. La profunda fe de la Virgen en las palabras de Dios se refleja con nitidez en el cántico del *Magnificat*: "Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava" (Lc 1, 46-48).

Con este canto María muestra lo que constituyó el fundamento de su santidad: *su profunda humildad*. Podríamos preguntarnos en qué consistía esa humildad. A este respecto, es muy significativa la "turbación" que le causó el saludo del ángel: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1, 28). Ante el misterio de la gracia, ante la experiencia de una presencia particular de Dios que fijó su mirada en ella, María experimenta un impulso natural de humildad (literalmente de "humillación"). Es la reacción de la persona que tiene plena conciencia de su pequeñez ante la grandeza de Dios. María se contempla en la verdad a sí misma, a los demás y el mundo.

Su pregunta: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?" (Lc 1, 34) fue ya un signo de humildad.





Acababa de oír que concebiría y daría a luz un niño, el cual reinaría sobre el trono de David como Hijo del Altísimo. Desde luego, no comprendió plenamente el misterio de esa disposición divina, pero percibió que significaba un cambio total en la realidad de su vida. Sin embargo, no preguntó: "¿Será realmente así? ¿Debe suceder esto?". Dijo simplemente: "¿Cómo será eso?". Sin dudas ni reservas aceptó la intervención divina que cambiaba su existencia. Su pregunta expresaba la *humildad de la fe*, la disponibilidad a poner su vida al servicio del misterio divino, aunque no comprendiera *cómo* debía suceder.

Esa humildad de espíritu, esa sumisión plena en la fe se expresó de modo especial en su *fiat*: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Gracias a la humildad de María pudo cumplirse lo que cantaría después en el *Magnificat*: "Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo" (Lc 1, 48-49).

A la profundidad de la humildad corresponde la grandeza del don. El Poderoso realizó por ella "grandes obras" (Lc 1, 49), y ella supo aceptarlas con gratitud y transmitir las a todas las generaciones de los creyentes. Este es el camino hacia el cielo que siguió María, Madre del Salvador, precediendo en él a todos los santos y beatos de la Iglesia.

Canto: COMO UN NIÑO

Señor, mi corazón no es ambicioso,
Señor, ni mis ojos altaneros,
yo no pretendo grandezas
que superan mi capacidad.

Espera, Israel, en el Señor.
Espera, Israel, en el Señor.
Ahora y por siempre,
espera, Israel, en Dios (2)

Señor, mi corazón no es ambicioso,
Señor, ni mis ojos altaneros,
sino que acallo y modero mis deseos
como un niño en brazos de su madre,
así mi corazón espera en ti, Señor. (2)





6. *Bienaventurada eres tú, María, elevada al cielo en cuerpo y alma.* El Papa [Pío XII](#) definió esta verdad "para gloria de Dios omnipotente (...), para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para aumento de la gloria de la misma augusta Madre, y gozo y regocijo de toda la Iglesia" ([Munificentissimus Deus](#): AAS 42 [1950] 770).

Y nosotros nos regocijamos, oh María elevada al cielo, en la contemplación de tu persona glorificada y, en Cristo resucitado, convertida en

colaboradora del Espíritu Santo para la comunicación de la vida divina a los hombres. En ti vemos la meta de la santidad a la que Dios llama a todos los miembros de la Iglesia. En tu vida de fe vemos la clara indicación del camino hacia la madurez espiritual y la santidad cristiana.

Contigo y con todos los santos glorificamos a Dios trino, que sostiene nuestra peregrinación terrena y vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Canto de reserva del santísimo: ABRAZO

Quiero poder
Cerrar en un paréntesis de brazos
Entrelazando los míos con los tuyos

Quiero crear
Contigo un círculo sin afueras
Incluir en el movimiento al mundo
entero

Y prestarte mi cuerpo
Para este abrazo eterno
Invítame a entrar en ese abrazo
Y aprendí en esta escuela

Dejando la indiferencia
Viviré de rodillas y abrazado

Dejando las diferencias
Viviré de rodillas y abrazando

Quiero apretarte
En el vientre de tu madre aún no nacido
Siendo hombre ensangrentado y
crucificado

Quiero abrazarte
En la blanca Hostia y en la vida que me
has dado
En el sufriente y en quién tengo al lado
Siendo siempre tu prójimo y necesitado
Invítame a entrar en ese abrazo
Y aprendiz en esta escuela

Dejando la indiferencia
Viviré de rodillas y abrazado

Dejando las diferencias
Viviré de rodillas
y abrazando

Dejando la
indiferencia
Viviré de rodillas
y abrazado

Dejando las
diferencias
Viviré de rodillas
y abrazando



Canto a la Virgen: QUIERO CAMINAR CONTIGO MARÍA

Quiero caminar contigo, María
Pues tú eres mi Madre, eres mi guía
Tú eres para mí el más grande ejemplo
De santidad, de humildad
Quiero caminar contigo, María
No solo un momento, todos los días
Necesito tu amor de Madre
Tu intercesión ante el Señor

Guía mis pasos, llévame al cielo
Bajo tu manto no tengo miedo

Llena de gracia, Ave María
Hoy yo te ofrezco toda mi vida

Quiero caminar contigo, María
Madre en el dolor y en la alegría
Tú que fuiste fiel hasta el extremo
Fiel en la Cruz, fiel a Jesús

Guía mis pasos, llévame al cielo
Bajo tu manto no tengo miedo
Llena de gracia, Ave María
Hoy yo te ofrezco toda mi vida



